

XXXV

Curación de un guarda-barrera, referida por él mismo

Guillermo Jaffard, guarda-barrera de la estación de Lespouey-Aslades, en el ferrocarril del Mediodía, en los Altos Pirineos, tuvo la dicha de ser curado milagrosamente por la Virgen de Lourdes en 23 de Abril de 1869. Hé aquí cómo él mismo ha contado al misionero de Lourdes lo que le pasó. Lo copiamos textualmente:

«He sido siempre robusto, pero largos trabajos á la intemperie me ocasionaron, hace más de siete meses, dolores que pronto me impidieron la acción. El médico decía que era un reumatismo crónico. Guardé cama, incapaz de menearme, tres meses enteros. Cuando quería mover una pierna, llamaba á mi mujer ó á uno de mis hijos menores, el cual subía á la cama. Mis sufrimientos eran atroces. Al fin pude levantarme y andar con auxilio de muletas, mas con gran pena; me arrastraba haciendo deslizar mis piés por el suelo.

«Mi posición era cruel. No contábamos para vivir más que con nuestro trabajo: mi mujer gana diez francos al mes en la barrera; y tenemos tres hijos todos pequeños. Un día pedían pan, y no le había. . . ¡En este apuro me he visto! He echado más mala sangre por ellos que por mis dolores. La caridad ha

venido en mi auxilio. El señor Cura me daba caldo, y de cuando en cuando algunas monedas de cuarenta sueldos, que siempre venían á propósito; el castillo me ha surtido de leña en Invierno, y el jefe de estación, de pan por largo tiempo: sin lo cual, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¡Ah! ¡he sufrido mucho!...

«Salí un poco á los tres meses. Un jefe de cantón, que lee los *Anales*, me hablaba de Nuestra Señora de Lourdes, de un gendarme curado bañándose en el agua de la gruta; mi barbero me contó que su hermana había dejado su mal de ojos en la fuente. Mis compañeros de la línea me decían: «Jaffard, hay un Sér Supremo; sois desgraciado; es menester orar é ir á Lourdes. Si no tenéis confianza, no vayais; pero Dios «todo lo puede; tened confianza y marchad con ella.»

«Sin embargo, no pensaba en Dios, ni oraba. Mas cuando el mal se nos viene encima, entonces pensamos en Él. Todo esto me hacía reflexionar; tenía esperanza, me puse á rogar á Dios, é hicimos que nuestros hijos orasen. «Esto no es posible, pensaba; tú «no curarás, tú estás condenado á la desgracia.» Pero asaltábame luego un buen pensamiento, y me decía: «Sabemos que hay un Sér Supremo; tengamos «confianza.» Resolví partir; cierta cosa me decía: Serás curado.

«Dos ó tres días antes no hacía más que rezar el *ave Maria*. Por fin, partí; y en Lourdes inspiraba lástima á todo el mundo. Se me había dado algún dinero, y uncarruaje me condujo á la gruta.

«Oré. Pensaba: «La niña que vió á la Virgen es «muy dichosa; no tendré yo esta suerte; yo no valgo «bastante!» Quise meter mis pobres piés dentro del agua de la gruta. Un hombre me ayudó, pues no podía descalzarme, y me sostuvo para meterme en el baño. ¡Oh! ¡cómo rezaba entonces! creía dejar allí mis muletas. Experimenté un ligero alivio, casi nada, pero esto no me desalentó, y dije: «Bien, volveré.» Viéndome volver con mis muletas, mi mujer se entristeció.

«Habíame llevado una botella de agua de Lourdes. Antes de acostarnos, la pusimos en un barreño y mi mujer me bañó los piés. Oré, podéis creerlo. Concluido esto, probé el levantarme, y me sostuve; póngome á andar y ando fácilmente, exclamando: «Mujer ¡estoy curado!» Mi pobre mujer estaba mirándome atónita, diciendo al fin: «¡Ah! ¡Virgen Santísima! y hay quienes no quieren creer en Ella! ¡Oh! ¡cuán buena es!» Y se puso á llorar de contento.

«Entonces tan feliz era yo que le dije: «Es menester que vaya á casa del vecino.—Mira que te caerás.» «—No, andaré tan bien como tú.» Tomé mi linterna de servicio y partimos. Mi mujer me dijo: «¿Y quienes que dejemos á los niños?—La Virgen Santísima «los guardará.» Llegamos á casa del vecino, distante unos 200 métrros, por un mal camino. Levantáronse, y ¡juzgad si quedarían sorprendidos! ¡sería preciso verlo! Son gente muy buena y religiosa, á todos hice beber un poco del agua que había traído. El día si-

guiente llegué sin necesidad de bastón á la estación de Lespouey, habiendo andado dos kilómetros. Al verme, la señora del jefe exclamó: «¡Es posible! ¡ved «á Jaffard cómo anda! ¡Oh! ¡es un gran milagro!» Todo el mundo quedó admirado. Yo iba por las cercanías de la línea. Mirábanme mis camaradas, no pudiendo persuadirse que fuese yo, y me decían: «Hábeis hecho bien en ir á Lourdes, Jaffard; dígame lo «que se quiera, hay un Sér Supremo. La confianza «es todo. Vos la habéis tenido en la Virgen. Hé «aquí un milagro.»

«Había prometido venir á traer las muletas, y hoy he llegado.

«En toda la línea me felicitaron mis camaradas. En Lourdes cuando me vieron con las muletas en la mano, me dijeron: «Mirad á Jaffard que lleva sus «muletas á la gruta.» Nadie me dirigió una palabra mal sonante. La primera vez se me había dicho que haría mejor en irme al hospital de Valence-d' Agen, en mi país, y ni siquiera lo escuché. Partí desde la población llevando mis palos en la mano.

«Sufro todavía un poco, no estoy del todo bien, pero confío. Mis piés eran enormes, vedlos deshinchados. No podía doblar del todo el espinazo, estaba tieso como una estaca: de repente me metí en el baño, y después me doblé hasta el suelo. ¡Oh! la Virgen Santísima me pondrá en estado de ganarme la vida y alimentar á mis pobres hijos. Entre tanto oraré siempre, y no será necesario decir á mi mujer y á

mí, os lo fio, que cumplamos nuestros deberes de buenos cristianos. ¡Oh! me curaré enteramente, y vendré aquí todos los años.»

XXXVI

Curación instantánea de una joven aldeana tísica

Algunos días después de haber curado al guardabarrera, á quien acabamos de oír, la Virgen Santísima devolvía la vida á una joven aldeana de Julos (Altos Pirineos), llamada Magdalena Latapie. Parecía que esta joven piadosa y buena tenía todo lo necesario para atraer las miradas de la Inmaculada Virgen y alcanzar un milagro.

Hacia el fin del año 1866, Magdalena Latapie, que contaba entonces quince años de edad, estaba ya en tal estado de languidez y padecimiento, que se la creía perdida. Tenía una tisis pulmonar. Encorvada bajo el peso de sus dolores, pálida y decaída, pudo no obstante durante algunos meses ir penosamente hasta la iglesia, á la cual desde su casa se llega en dos minutos, empleando ella media hora en hacer este camino. Pronto fué necesario llevarla, y últimamente haciendo sus fuerzas traición á su celo por Dios y á su amor á la Santísima Virgen, debió guardar cama, de la que en concepto de sus padres, amigos y médicos, no podía salir más. Era esto á fines de Junio de 1867.

«Durante esta enfermedad, que se prolongó hasta Septiembre, escribía su confesor, le llevé todos los domingos la sagrada Comunión. Entonces más que nunca edificaba á los que, acompañando al Santísimo Sacramento, iban á orar al pié de su cama. «Quisiera morir, me decía alguna vez, pues que soy una carga para todo el mundo.»

Sin alimento, porque su pobre estómago nada podía soportar, permaneció cuatro meses entre la vida y la muerte. A instancia del padre de Magdalena, la visitó un médico extranjero, y de acuerdo con el de cabecera, dijo al salir hablando del mal: «Esta joven no vivirá más de cuatro días.» Al día siguiente Magdalena recibió los últimos Sacramentos. «¡Pobre niña! decía el padre de la moribunda; ¡pobre niña! ¡morir tan joven!» Mas Dios, que burla la ciencia de los hombres, tenía otros designios sobre aquella joven.

Magdalena creía también que iba á comparecer delante de Dios. Su confesión la había dejado en una paz profunda. La gracia llenó su alma del solo deseo de amar siempre á Jesucristo. Tenía diez y seis años, y el pensamiento del mundo la espantaba. Temiendo pecar al volver á la vida, pidió la muerte, y prometió á la Santísima Virgen hacerse Religiosa si no la alcanzaba.

En el mes de Mayo de 1868 se hizo conducir á la gruta de Lourdes; mas no consiguió alivio, y la pobre joven continuó arrastrando una «vida moribun-

da» con los padecimientos, sostenida únicamente por los consuelos de la piedad.

Hacia el principio del año 1869, un sueño misterioso vino á regocijar á su alma y á alentarla en su languidez. Una persona muy conocida le decía: «Vé á la gruta: serás curada.» El sonido de esta voz penetró todo su sér, y un sentimiento de alegría la hacía repetir, hasta durmiendo: «Seré curada.»

Se despertó, y con ella todos sus dolores; la opresión del pecho, la fatiga en la respiración, la debilidad de todos sus miembros. Pero la impresión de la promesa continuaba muy dulce y sensible. El recuerdo del sueño, y las palabras: «Anda á la gruta, serás curada,» le venían continuamente á la memoria y dejaban en su corazón una singular esperanza. Con todo, no era esto más que un sueño. Pero los sueños ¿no vienen alguna vez de Dios?

Algunos días después, la enferma pidió con temor á sus padres que le permitiesen hacer una peregrinación á Lourdes, y se lo prometieron vagamente para cuando se presentase ocasión oportuna. Mientras la esperaba, aumentábase su deseo y venía á ser una de esas necesidades impacientes, tan frecuentes en los desgraciados á quienes devora la tisis.

Magdalena tenía una amiga querida y devota, la maestra de la aldea, su antigua preceptora, á la cual debía sus hábitos de piedad. Quiso ser su compañera de peregrinación. Después de haberla aplazado

de jueves en jueves, por fin se fijó definitivamente para el 29 de Abril.

La pobre tísica fué colocada sobre una borrica, á quien seguía la maestra á pié, acompañada de otra amiga llamada Paulina. Magdalena estaba gozosa; la voz del sueño, cuyo eco resonaba aún en su corazón no la dejaba dudar de su curación. Mas luego la fatigó el tranquilo andar de su cabalgadura. El viaje duró á lo sumo hora y media. Llegada á Lourdes, estaban ya agotadas sus fuerzas, y era necesario atravesar las calles con gran lentitud. Bajó delante del portal de la población, y emprendió á pié el camino hasta la roca. Apoyada del brazo de su amiga, jadeante y con el pecho dolorido, empleó quizás una hora en recorrer una distancia de diez minutos. Su extremada fatiga no fué bastante para impedir en su alma una impresión de dicha y de esperanza, á la vista de los muros de la capilla.

La primera visita fué para la cripta. En un descanso de una hora, ocupado todo en la oración, Magdalena sintió vivamente el hastío del mundo con deseos de dejarlo, renovó su voto de la vida religiosa y pidió su curación, mas á condición de que fuese provechosa á la salvación de su alma.

Una circunstancia hizo que bajase sola el sendero de la gruta. A pesar de la lentitud de sus pasos, llegó fatigada y se arrodilló. Desde sus primeras miradas á la imagen de la Virgen, enterneciéndose en gran manera su corazón, y le arrancó abundantes lágrimas.

mas. Oró un buen espacio, y de nuevo se ofreció á María Inmaculada para tomar el velo. La necesidad de tomar algún alimento arrancó de la gruta á las tres compañeras, y sin haber aún bebido en la fuente, fueron á comer sobre un banco de piedra, en medio de la hierba.

Era cerca de medio día cuando volvieron á la roca. Magdalena oraba todavía, pero luego se dirigió al manantial. Mientras andaba aquellos pasos con dolor y encorvada por la debilidad y por la enfermedad del pecho, decía para sí y casi sin advertirlo: «¡Esto es ahora!»

Bebió dos vasos del agua milagrosa con cierta impresión tranquila. Su sér no experimentaba ya sacudidas ni emoción: únicamente se sintió de pronto descansada, admirándola este súbito bienestar. Sin embargo, nada dijo, y se arrodilló otra vez para continuar rezando con sus compañeras.

Serían las dos de la tarde, cuando la lluvia las echó de la gruta. La Maestra dijo á Magdalena: «Salid vos primero; yo os alcanzaré á los pocos pasos.» Obedeció la tísica, pero un instante después retrocede. «¡Estoy curada! ¡estoy curada!.....¡ando!... no me alcanzaréis.» La maestra, estorbada por el ruido de la lluvia y del viento, no entendía aquellas palabras; pero vió que Magdalena se sonreía, que retrocedía y andaba con suma ligereza. Aturdida, se preguntaba vagamente: «¿Veré yo un milagro?»

Magdalena subía, subía rápidamente; estaba como

atónita, y no podía fijar su pensamiento; no se reconocía á sí misma. No sentía dolor ni fatiga alguna, el pecho estaba dilatado, la respiración fácil, su bienestar era completo y profundo, rebosando el corazón de una alegría desconocida. Iba subiendo, y al fin experimentó como una gran sacudida en su alma, prorrumpiendo en llanto. «¡Oh Madre mía, Vos me habéis curado!» exclamó, y precipitando el andar, caminaba dando gracias á la Virgen Santísima.

Sus dos compañeras se habían quedado atrás. Al llegar á la cripta, vieron á su tísica arrodillada, y la dejaron para orar. Magdalena lloraba. La emoción de una felicidad repentina, inmensa, y el amor á la Virgen María penetraban su corazón. No podía articular una sola sílaba; mas su alma bendecía á Nuestra Señora de Lourdes y de nuevo se entregaba á su Madre celestial por el voto de religión que ella sin embargo consideraba como un favor. La afortunada Magdalena lloró largo rato.

La maestra se levantó al fin, y fué á decir á su amiga: «Envío á Paulina á que traiga la borrica. — ¡Oh! no, responde con presteza Magdalena, ya no la necesito; Paulina la montará.» La maestra hizo un gesto que quería decir: «¡Vamos, pues, niña loca!» Salen luego las tres. La maestra toma el brazo de la joven; bajan por el sendero, por el lado de la casa de los misioneros, y se sientan encima de la muralla que rodea el camino real. Al cabo de un rato, Magdalena dice conmovida: «Señorita, debo declarároslo: estoy

curada, bien curada. Ya no tengo mal ; andaré hasta la aldea ; ¡ la Virgen Santísima me devuelve la vida ! » Y se arroja en brazos de su amiga.

Después de los besos, de las lágrimas y risas de felicidad, se encaminaron rápidamente á Lourdes. La maestra estaba aturdida ; la poco antes tísica, hacía cosas, algunas horas antes imposibles para ella ; veía la curada, y aún dudaba. Sus compañeras obligaron á Magdalena á montar la borrica para atravesar la población ; pero al poco rato se apeó y se puso á andar con ligereza. La maestra, persuadida como toda la aldea de que la muerte de la joven tísica estaba próxima, y familiarizada con esta idea, luchaba desde la salida de la capilla con la evidencia de la curación. La veía con sus propios ojos, la tocaba con sus manos, y no podía aún dar crédito á su amiga ni á sí propia ; pero en vista de este espectáculo no pudo dudar más. « ¡ Oh ! ¡ Magdalena ! exclamó ; ¡ Magdalena, verdaderamente la Virgen Santísima os ha curado ! »

Magdalena llegó á pié hasta Julos. Al día siguiente se fué al campo, y por la vez primera en su vida se encorvó hacia la tierra para trabajar con sus padres. Hubo en la aldea una admiración y una alegría generales.

Desde entonces no sintió Magdalena la menor opresión ni sombra de dolor en el pecho.

Pocas semanas después de su curación, hacía en compañía de la maestra otra peregrinación en acción

de gracias, y toda gozosa bajaba una cuesta corriendo. « Magdalena tiene diez y ocho años, dice un misionero que la vió entonces. Es de estatura alta, y parece haber completado su desarrollo. El color natural de su cara indica una salud perfecta. Cuando niña, no pudo trabajar apenas ; hoy desempeña, sin fatigarse, todos los quehaceres de una numerosa familia labradora. Su amiga la acompañó en siete ú ocho viajes que hizo, á pié y sin cansarse, á la roca de Massabielle. Creía no poder rendir jamás tantas gracias como ella quisiera á Nuestra Señora de Lourdes. ¡ Y sin embargo, cuán recogida y fervorosa parecía su oración en la gruta, y cuánto parece amar esta dichosa joven á esa Señora que le ha dado la vida ! »

Hé aquí la declaración del médico que ha seguida todas las fases de la enfermedad:

« El infrascrito declara que Magdalena Latapie, del término municipal de Julos, de diez y ocho años de edad, atacada de una fuerte anemia y de tisis de segundo grado, se hallaba cuatro años hacia en un estado tal de postración, que los recursos del arte eran impotentes para contener el mal, conforme lo han declarado muchos médicos de acuerdo conmigo.

« Sin saber la causa, la he visto repentinamente curada ; y afirmo que esta curación excita en el más alto grado mi admiración, igualmente que la de todo el distrito.

« Adé, 19 de Mayo de 1869. — C. Larré. »

Francamente, motivos había para admirarse.